

# Desde el Comité Editorial



Luz-oscuridad, día-noche. Quizá no hay para nosotros los humanos, y probablemente tampoco para todas las especies de mamíferos, una experiencia consciente más espectacular y al mismo tiempo tan sobrecogedora. El paso del día a la noche no es una experiencia trivial. No en balde en la Biblia (Génesis 1:3) se lee: “Dios dijo: ¡que haya luz!, y la luz se hizo”; luego llamó a la luz día y a la oscuridad noche. Asimismo en el *Popol Vuh*, el libro sagrado de los mayas, se dice: “Todo era oscuro”, y más adelante se relata cómo Tepeu y Gucumatz, sus dioses, hicieron surgir el día y la noche. No es entonces sorprendente que esta dicotomía haya influido en todas las culturas y aun se haya asociado a otros aspectos de su existencia, tales como los éticos, en donde el bien está representado por la luz y el mal, por la oscuridad. Más aún, podemos decir que dicho binomio tiene una gran influencia para todas las especies de animales y sobre todo para las de las plantas, incluidos por supuesto también los microorganismos, pues en última instancia la energía solar –asociada a la luz– constituye nuestra fuente primaria de energía y, por consiguiente, es responsable de todas las manifestaciones características de los seres vivos.

En este número, aunque tardíamente, *Ciencia* se une a la celebración del Año Internacional de la Luz, que se conmemorara –de acuerdo con lo decretado por la Unesco– el pasado año 2015. Traemos a los lectores una espléndida sección temática a cargo de Cecilia Noguez y Rocío Jáuregui. Estoy seguro de que será para todos ustedes una aventura adentrarse en la Época de Oro del Islam y conocer las contribuciones del mundo árabe, y en particular las de Ibn al Hayzam o Alahzen, para los occidentales, al conocimiento de los occidentales sobre la luz y sus propiedades, así como también al desarrollo de la óptica. No me queda ninguna duda de que compartirán ustedes con la Unesco sus razones para decretar al 2015 el Año Internacional de la Luz,

como conmemoración de la publicación del tratado de óptica *Kitāb al Manāzīr*, escrito en siete volúmenes por Alahzen y publicado en el año 1015. Estimados lectores, los invito cordialmente a seleccionar dentro de esta sección temática aquellos artículos que les dicten tanto su fantasía como su preferencia.

Pero si a ustedes les parece que ciencia y arte son temas irreconciliables, los invito además a leer la revisión que sobre el libro *Una historia natural de los sentidos*, de Diane Ackerman, hacen Andrea Ávila y María del Carmen Frías.

Por otro lado, estoy seguro de que si como yo han padecido recientemente el famoso “doble no circula”, puesto en práctica como medida desesperada y de muy poco alcance para evitar que los niveles de contaminación en la Ciudad de México lleguen a límites que pongan en riesgo nuestra salud, encontrarán en extremo interesante el artículo de Claudia Sheinbaum, ex secretaria del Medio Ambiente del Distrito Federal, sobre el papel que juegan el ozono y las partículas suspendidas en el aire menores a 10 micras (una centésima de milímetro) en la contaminación crónica que padecemos.

Aparte de lo anterior, creo que también les resultará interesante y hasta divertido ponerse a hacer aritmética –de esa que aprendimos en la primaria– y examinar la propuesta que, con base en el llamado ciclo hidrológico, hacen Alfonso Banderas y Rebeca González sobre el valor intrínseco del agua que consumimos. Finalmente, lean y mediten sobre el potencial que los desechos vegetales tienen como fuente de energía alternativa, y entérense acerca de lo que en México se hace al respecto.

¡Esperamos que disfruten este número!

MIGUEL PÉREZ DE LA MORA  
Director